

FILMS SELECTOS

FilmoTeca
de Catalunya

314



SHIRLEY TEMPLE





SYBIL JASON

SOLAMENTE cinco años y medio de duración ha tenido la peregrinación de Sybil por el mundo. Sybil nació el 23 de noviembre de 1929 en Capetown, al sur de África. Es la última de los cuatro niños que tuvieron Jack y Mart Jacobs. Su padre es comisionista y viajante y tiene su oficina central en aquella colonia inglesa donde la niña nació.

Cuando solamente contaba dos años, Sybil sorprendió a sus padres y a sus hermanitos con su habilidad para interpretar canciones, ya que se aprendía todas las melodías populares con una facilidad asombrosa.

Cuando sólo contaba tres años Sybil fué llevada a Londres donde bailó, cantó y tocó el piano, dándose a conocer

entre la mejor sociedad de Londres, tomando parte en diferentes fiestas de caridad.

Quiso el destino que Irving Asher, administrador de los estudios Warner en Inglaterra, al ver la habilidad de la niña quisiera hacerle una prueba ante la cámara que presentó a los jefes del departamento de producción de dicha entidad, quienes admiraron el dominio del gesto, la emotividad y la habilidad para bailar y cantar que posee la niña, presentándola en la película «La pequeña dictadora» que le valió su primer éxito, por lo cual le dieron un nuevo papel en «Su vida privada» en la que aparece con Koy Francis interpretando maravillosamente el papel de la hijita de la actriz.

(Fotos Warner Bros.)

FILMS SELECTOS

AÑO VIII
NÚMERO 314

Juanita Quinley.
(Foto M. G. M.)

DIRECTOR:
J. Esteve Quinlana

Fieles como siempre a la actualidad, aprovechamos la oportunidad de esta Semana del Niño para dedicar este número, rindiendo así merecidísimo tributo de admiración, a esos pequeños actores, que desde la pantalla proporcionan a chicos y a grandes tan deliciosos momentos.

Coincide con este número un pequeño aumento en el precio de FILMS SELECTOS. Sería pueril que intentáramos, siquiera, explicarlo. Las causas son de sobra conocidas por todos y esperamos que nuestros lectores sabrán hacerse cargo de los motivos.

Ahora más que nunca seguiremos esforzándonos para introducir en nuestra revista todas aquellas mejoras que puedan representar una compensación para nuestros lectores. A tal efecto, y a partir de este mismo número, incluiremos de nuevo el suplemento artístico, al que más adelante daremos una orientación definitiva que habrá de complacer a todos.

En nuestro próximo número publicaremos en la página central, a toda plana y en colores, la fotografía del admirable Gary Cooper.

EL NIÑO EN LA PANTALLA



Lo que el teatro no había podido lograr lo ha realizado con creces el cine: demostrar a qué altura podía elevarse el niño en el arte dramático. Han sido numerosas las obras de teatro que han requerido la colaboración de los niños. Pero una

...la simpatía que despertaba Mary Pickford en sus papeles de niña y de niña...





El profundo sentido de justicia que late en el alma de todo niño, no tiene una realización conmovedora en las realizaciones de Jackie Cooper.

serie de prejuicios se oponían a que el niño diera de sí en el teatro todo lo que su admirable naturaleza podía dar. El niño era considerado por los autores y los actores como un ser harto limitado en su talento y en sus facultades.

Las escenas en que habían de intervenir niños, eran por lo general muy cortas, de frases breves y efectistas por temor de que la memoria les fallara y de que la inteligencia de lo que iban a decir fuera deficiente. De tal modo, que se apelaba a un recurso antinatural cuando era menester que un niño tuviera un papel importante en una obra dramática. Si el niño era varón se encargaba

el papel a una actriz de figura y carácter añejados. Pero si el niño era hembra cualquiera actriz, por años que tuviera (y esto en realidad es muy femenina), se creía con derecho a interpretar el papel de niña. En cuanto a los niños de veras, como hemos dicho, se les utilizaba en papeles muy cortitos y en escenas en que lo principal lo hacían las personas mayores. Por otra parte el convencionalismo teatral, los prejuicios de los actores mayores de edad, hacían que el niño en estos papeles no era un niño, sino que hacía el niño, lo cual resultaba muchas veces una real caricatura del niño de veras, vocécitas sentimentales, gestos amanerados y casi mecánicos, en los que no sólo se caricaturizaba,

¿Quién no se ha conmovido ante la profunda humanidad de Robert Lynden en «Pelleraja»?



Jackie Coogan en la época en que alcanzó mayor popularidad.



como hemos dicho, al niño, sino los vicios mismos de dicción y de gesto de la mayoría de los actores profesionales.

En los primeros tiempos del cinema en que éste imitaba servilmente el teatro, los niños, como los personajes mayores, se mostraban naturalmente llenos de aquel convencionalismo teatral. La simpatía que despertaba la célebre Mary Pickford en sus papeles de niño y de niña, a pesar de la excelencia de sus realizaciones, es una demostración de aquel prejuicio que mencionamos más arriba, de que los actores infantiles en realidad no servían para interpretar papeles de niño.

Uno de los mayores éxitos de Mary fué precisamente su interpretación de «El pequeño lord Fauntleroy»; pues bien, este papel ha sido recientemente encargado, en nueva versión cinematográfica, a Freddie Bartholomew. Ahí tenéis un hecho en extremo significativo. El cinema, que con su gran renovación hacia el arte ver-

Mickey Rooney, el travieso Puck de «El asno de una noche de verano». Foto Warner.



David Jack Holt, intérprete de «Los últimos días de Pompeya» y de «La ciudad indiscreta».

dadero y la representación de la verdad humana ha influido renovadoramente sobre el teatro, ha reivindicado al niño como actor. Para ello le ha bastado con ver mejor lo que es el niño, compenetrar mejor en las inmensas posibilidades que se hallan en su alma tan rica y en su vivaz inteligencia. El cinema ha prescindido de muchas falsas ideas sobre la capacidad del niño, al mismo tiempo que ha eliminado todos los convencionalismos de un arte teatral caduco.

Ahora en el cinema el niño ya no hace el niño. Es el niño. Y esto ha dado tan bellos resultados para el arte y para la representación de esta parte interesantísima de la vida humana que es la niñez, que como es sabida, las películas en que intervienen esos pequeños actores han merecido de tal modo la preferencia de los públicos que son los que mayores rendimientos pecuniarios han producido.

El hecho de que el niño se encuentre en posesión consciente de todos los recursos de su naturaleza de niño, explica que en el arte de la pantalla se hayan producido con tanta abundancia los casos verdaderamente geniales de niños actores. Recordemos en primer lugar, por sus altísimos merecimientos, a la inmensa Shirley Temple. ¿Quién no se ha conmovido ante la profunda humanidad de Robert Linn en su «Pelirrojo»? El profundo sentido de justicia que late en el alma de todo niño, ¿no tiene una encarnación conmovedora en las realizaciones de Jackie Cooper?

¿No hubiera el mismo Dickens admirado, y se hubiera reconocido acaso, en sus recuerdos de niño des-

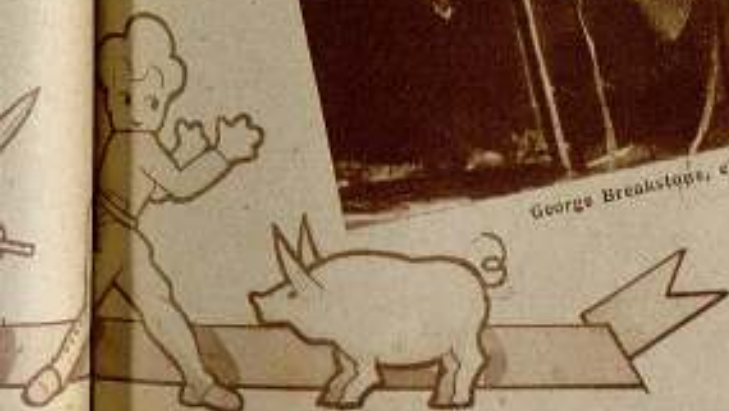
graciado, la labor estupenda de Freddie Bartholomew, en «David Copperfield»? No olvidemos y para qué citar más, los nombres de tantos niños geniales en el arte de la pantalla; están en la memoria de todos nuestros lectores. Para rindamos un recuerdo, un retrospectivo tributo de admiración, al precursor de todos ellos, a aquel Jackie Coogan compañero de penas y trabajos del gran Charlot, aquel niño que fué acaso el revelador de todo lo que podía realizarse en el arte de la pantalla, la naturaleza infantil bien entendida, libre y consciente de sí misma.

J. Esteve QUINTANA

El arte de la pantalla

a de toda la comedia de Jackie

o diera
e natu-
por los
mitado
ltades.
de in-
gene-
breves
que la
que la
ban a
apola-
nester
en una
rgaba
racter
a cual-
y esto
ia con
Ra. En
temos
cortio-
al lo
parte
ias de
que el
i, sino
uchas
veras,
tales,
y casi
no za-
ba,



George Breakstone, el pequeño genio, intérprete de «Hombres del mañana», en una escena de «Grandes ilusiones». (Foto Universal.)

Las interpretaciones

Virginia Wiedler y Dickie Moore en «Peter Ibbetson».
(Foto Paramount).



Jackie Cooper en «El gran hombre».
(Foto Warner Bros.)

Bobby Breen y Henry Armetta en «El pequeño vagabundo».
(Foto Fox).

Sybil Saxon con Jon Hunter en «Su vida privada».
(Foto Warner Bros.)



Una escena de «Cinco cunitas», film en el que hace su debut el quintupel «Dione».
(Copyright 1934 by Max Service, Inc.)

Infantiles de la Teca de Catalunya TEMPORADA



Edith Fellows y Jackie Moran en «Su cedio sin querer».
(Foto Columbia)

Los niños gemelos Judith y Joan Kircher que aparecen en el film «Mamá Estuardo». Su gran parecido ha permitido aminorarles las molestias de los relevos con frecuencia.
(Foto R.K.O. Radio)



Jane Withers en «Miss Incógnita».
(Foto 20th Century-Fox)



Freddie Bartholomew, Jackie Cooper y Mickey Rooney, que aparecerán juntos en «El demonio es un pobre diablo».
(Foto M.G.M.)

EL LOGO DE LA PANDILLA



También la hija de Wallace, Betty, tiene veleidades estelares. Y, claro está, la muy coqueta se cuida el físico porque sabe el irresistible atractivo que ejerce la belleza femenina.

Lo más desagradable. Así tenéis a unos individuos de la Pandilla estudiando, desagradable ocupación que también soportan como todos los chicos del mundo, los artistas de Hal Roach.

(Fotos M. G. M.)

LOS HIJOS DE HAL ROACH.

Chupando del bote. Aprovechando su descanso, los chicos se refrescan. Spanky obsequia a sus compañeros con una limonada de honor.

ACE ya muchos años, desde que el cine es cine, que los niños de todo el mundo alimentan su afición cinematográfica a base de tres platos fuertes: los films de caballistas, los de defectivos y los cómicos. Ningún otro aperitivo tan fuerte para el espíritu infantil como la película có-

mico. Su gracia ingenua, primitiva, amanerada, ejerce en ellos una influencia decisiva. Cientos y miles de veces, sus ávidos ojos han visto el truco de la tarta de

Porky Lee, distinguido miembro de la Pandilla de Hal Roach, se retrata con su perro Chiquilla.

El gran Spanky se levanta con su habitual gracia y se dirige a la cámara. En el fondo, los chicos de la Pandilla se divierten con sus juegos.

Y todos se divierten en la mar, bañándose en el río, aprovechando una salida al campo donde los niños, después de filmar, toman un chapuzón.

natillas aplastándose en la cabeza de la desventurada víctima. No hay novedad en el truco, pero no importa. La repetición es un estimulante. Ellos viven en un mundo ideal, donde sus habitantes se arrojan, sin más ni más, tartas de natilla a la cabeza. Jamás defraudó el truco y nunca le faltará la rúbrica jocosa e incondicional del público infantil. Pasó por el blanco lienzo la sombra inconfundible del Charlot auténtico. El Charlot inefable de las películas de dos rollos; el Charlot bohemio, despreocupado y feliz, con su indumentaria sintética y caricaturesca; el Charlot primario y simple pasó para no volver. La promoción infantil actual no conoce más que un Charlot de quintaesencias, complicado, transcendental y, por tanto, incomprensible para su espíritu sencillo. Pasaron —y ellos tampoco las,

conocieron— Salustiano, con su cara estupefacta; el amanerado Max, con su levita entallada; el dinámico Tomasin, genuinos representantes de la gracia europea, decadente y teatral, sin vibración de estilo cinematográfico. El Emperador de la Gracia —Charlot— creó la escuela americana, esencialmente cómica, a base de la gracia simple, sintética y plástica. En torno suyo se formaron, cada uno con estilo autónomo, el infantil Fatty, envuelto en un saco de grasa, el de la barriga prodigiosa; el Bizco, sonriente y buenazo; el melancólico Pamplinas; el alocado Harold... A todos ellos, el mundo infantil prodigó su aplauso y rió sus gracias a carcajados.

Aquí le tenéis no la falta de detalle. En el primer plano de la Pandilla, el gran Alfalfa vestido de pajeano.

FilmoTeca

Alguna vez, esos astros y pasar de las películas de dos rollos a las comedias de seis y más partes, se divorciaron entonces del incondicional público infantil. Los niños no quieren comedias de asunto y complicaciones; prefieren la sorta de disparates caricaturescos, sin pies ni cabeza, de las películas cómicas.

De los actores cómicos queda aún haciendo las delicias de los niños la pareja andrógina: Stan Laurel y Oliver Hardy. Pero pasarán, pasarán también si siguen haciendo películas largas, esas películas de dos fillos, que quieren agradar a la vez a grandes y a chicos.

Entre los hombres de cine que han pensado nada más que en los niños sólo recordamos dos: Hal Roach y Walt Disney, maestros de dibujantes cinematográficos, que ha formado un estilo esencialmente infantil.

Hal Roach es el padre auténtico de la Pandilla. El ha creado, a lo largo de su copiosa producción, un mundo exclusivamente destinado a los niños. Hal Roach ha sabido hacer películas para ellos.

Su Pandilla hace muchos años que se pasea triunfalmente por los cines del mundo. Los niños la aman. Ríen y celebran sus aventuras, sus travesuras cotidianas, sus trucos y diabluras.

Ellos han sabido crear y sostener a través de los años, renovándose constantemente, un género peculiar y exclusivo que no ha tenido imitadores. Los niños de la Pandilla de Hal Roach proceden de buena escuela. Son escogidos cuidadosamente por su maestro. Hacen solamente aquello que es bueno y así logran que sus películas mantengan siempre la atracción del público.

Nuestros hijos les aman. Ellos viven sus vidas y en su mundo, donde no exista la palabra «inverosímil». Es un mundo feliz, donde la vida es amable y se juega incesantemente, donde se comen ricos pasteles indigestos, donde las cosas están impregnadas de un suave tinte rosado, donde no se conocen más lágrimas que las que producen los rasguños y chichones.

Allí se funden las razas. No hay diferencias entre lo tuyo y lo mío; entre el niño blanco y el negro. Este es siempre un tipo simpático, vivo, un poco dócil, pero amado siempre de sus compañeros. En ese minúsculo mundo imaginario que reflejan las películas de la Pandilla se vive felizmente.

Puede ser que a algunos mayores no les gusten esas películas. No importa. No precisa el aplauso de los ogros que no sientan simpatía hacia el niño. Sus films no se han hecho para esas personas impermeables que nunca se paran a observar cómo juegan los niños en los jardines. Pero aquellas almas delicadas y sensibles que aún sienten vibrar la nostalgia de haber sido alguna vez niños, ven con agrado esas películas.

Hace muchos años que la Pandilla de Hal Roach nos hace reír. La misma risa, pero más limpia y pura, se refleja en las caritas de nuestros hijos. Llévamoslos al cine con ilusión. Farina, con sus ingenuas travesturas, los hace reír lo indecible, y Spanky, el gordo Spanky, provoca una tempestad de carcajadas. También nosotros, sumidos en la obscuridad de la sala, nos sentimos transportados a su mundo irreal y reímos... como si fuéramos niños.

Juan SERRA

1600, Broadway...

Una visita a los estudios Max Fleischer

EN 1600, Broadway, número 1600. Un edificio sin ninguna característica especial que pueda destacarlo de los millares que se elevan orgullosos sobre el suelo neoyorquino. Sin embargo, algunos de sus habitantes gozan de un privilegio singular y de un salto pueden trasladarse a las más destacadas pantallas de Times Square.

Pueden penetrar en sus casas pasando por el ojo de la cerradura sin grandes esfuerzos, cuando los empleados del ascensor se declaran en huelga. Se burlan de las más elementales leyes de la física, y la ley de gravedad les es desconocida. Han tachado de su diccionario particular la palabra «imposible».

Algunos, para distraer sus ocios, cogen los dorados gallos de las altísimas veletas, o en un arranque de audacia atrapan un automóvil con un lazo; otros ascienden por el firmamento para tomar su cotidiano baño de sol en el planeta Marte, o se sirven de la pálida luna para calmar los ardores.

¿Quiénes son, pues, esos fantásticos personajes? Antiguos conocidos de todos nos-



—Es enorme la cantidad de hojas que llevo borroneadas desde mi iniciación en esta clase de películas. Son tantas las hojas de papel, que podrían cubrir una distancia de mil quinientos kilómetros: creo merecer a lo menos un premio por mi resistencia. Sin embargo, de tarde en tarde, me permito el lujo de unas alegres vacaciones, lejos de lápices y papel, porque doscientos cincuenta artistas dibujantes se encargan de transformar mis creaciones, y darles vida. Si no teméis las manifestaciones algo sinceras y desconcertantes de Betty, la coqueta, y algún pufetazo perdido de Popeye, tendré sumo gusto en presentaros a miss Betty Boop y al forzado Popeye, el marinero.—

Con sus bucles peinados con un fijador especial, sus pestañas inmensas sombreando unos ojos que ruedan de una manera provocativa, su trajecito ceñido que tiene la flexibilidad de una persiana, la pequeña Betty Boop desde la alto de una hoja de papel contempla asombrada al mundo, y parece tan real que se tiene la impresión que aquellos labios pronunciarán pícaramente su grito, famoso en el mundo entero: «Pu-pu-pli-dun».

Pero Betty permanecía pensativa y silenciosa y Fleischer, que conoce su temperamento, advierte no es prudente contemplarla con demasiada atención. El espectáculo puede resultar enervante.

El corazóncito de Betty Boop, rojo como una cereza, descendió hasta la altura de sus ligas y la deliciosa muñeca con sus poses más atractivas y seductoras procuraba reintegrarlo a su lugar habitual.

Ahora Max Fleischer nos conduce cerca un antiguo conocido, cerca del hombre que ha puesto las espinacas a la orden del día, y nos cuenta así, mientras sus

otros, nacidos por casualidad dentro de un taller mágico. Son las criaturas de los dibujos animados de Max Fleischer: Koko, el payaso, y su perro Blimbo; Popeye, el marinero de las espinacas, y por último, la diminuta y gentil Betty Boop.

DIBUJANTE titular del «Brooklyn Daily Eagle», Max Fleischer, durante la guerra tuvo a su cargo la confección de dibujos para films documentales que servían para la instrucción de los reclutas. Fué algún tiempo después cuando tuvo la idea de realizar películas a base de dibujos animados y creó estas delicadas filigranas que atraen por un igual a los chicos y a los grandes. No se necesita una mente muy precoz para imaginarse a Max Fleischer con diez estilográficas en sus manos en lugar de dedos y una enorme capacidad para el trabajo.

Pero Max Fleischer no tarda en desengañarnos y volvemos a la realidad al confesar:



(Continúa en la página 16.)



JANE WHITERS

HACE exactamente cuatro años, la simpática ciudad de Atlanta aplaudió ruidosamente a la pequeña Jane cuando la nena dió una serie de imitaciones de artistas famosos. La diminuta miss Withers nació en Atlanta. Sus padres, que no son artistas, nunca han podido comprender de dónde ha sacado Jane su extraordinario talento histriónico. Ningún miembro de la familia se había dedicado al teatro.

Jane aprendió a bailar casi tan pronto como comenzó a caminar, y cuando sólo contaba dos años de edad ya mostraba gran talento natural para la mímica. Muchos fueron los malos ratos que pasó su mamá con las sorprendentes imitaciones de los vecinos que daba la nena.

A la edad de cuatro años, cuando toda la familia se convenció que el entusiasmo histriónico de Jane no tenía cura, se

le permitió que tratara de sacarle algún beneficio a su arte. Apareció en uno de los teatros de vodevil de la ciudad para una atracción local. Después del primer día fué aclamada como la atracción máxima del teatro. Jane daba imitaciones de artistas famosos del teatro y del cine.

Mrs. Withers recibió muchísimas ofertas de ventajosos contratos para su hijita, pero decidió rehusarlas todas, pues la vida de artista de vodevil no la atraía como único futuro de Jane. Por lo tanto la chica volvió a sus estudios y se hizo todo lo posible para que olvidase su actuación en el teatro.

Puesto que el correo de admiradores de Jane Withers aumentaba cada día, fué asignada, por fin, al papel protagonista de «La reina del barrio» y luego el de «La irlandesita».

(Fotos 20th Century Fox.)



JUANITA QUIGLEY

ESTA pequeña gran artista de la pantalla se vanagloria de haber nacido en Los Angeles, tan cerca de los estudios, que pudiera decirse que la primera luz que vió fué la de los focos eléctricos de las galerías de filmación. Cuenta ahora cinco años, pero el historial de sus producciones ya es bastante nutrido. Debutó en «El hombre

que volvió por su cabeza» para la Universal y apareció de nuevo en «La hija de la calle», «Doble intriga» y en «Imitación a la vida». Ahora está bajo contrato con la Metro, actuando en una producción musical, con Eleanor Powell, cuyo título es «Nacida para la danza».

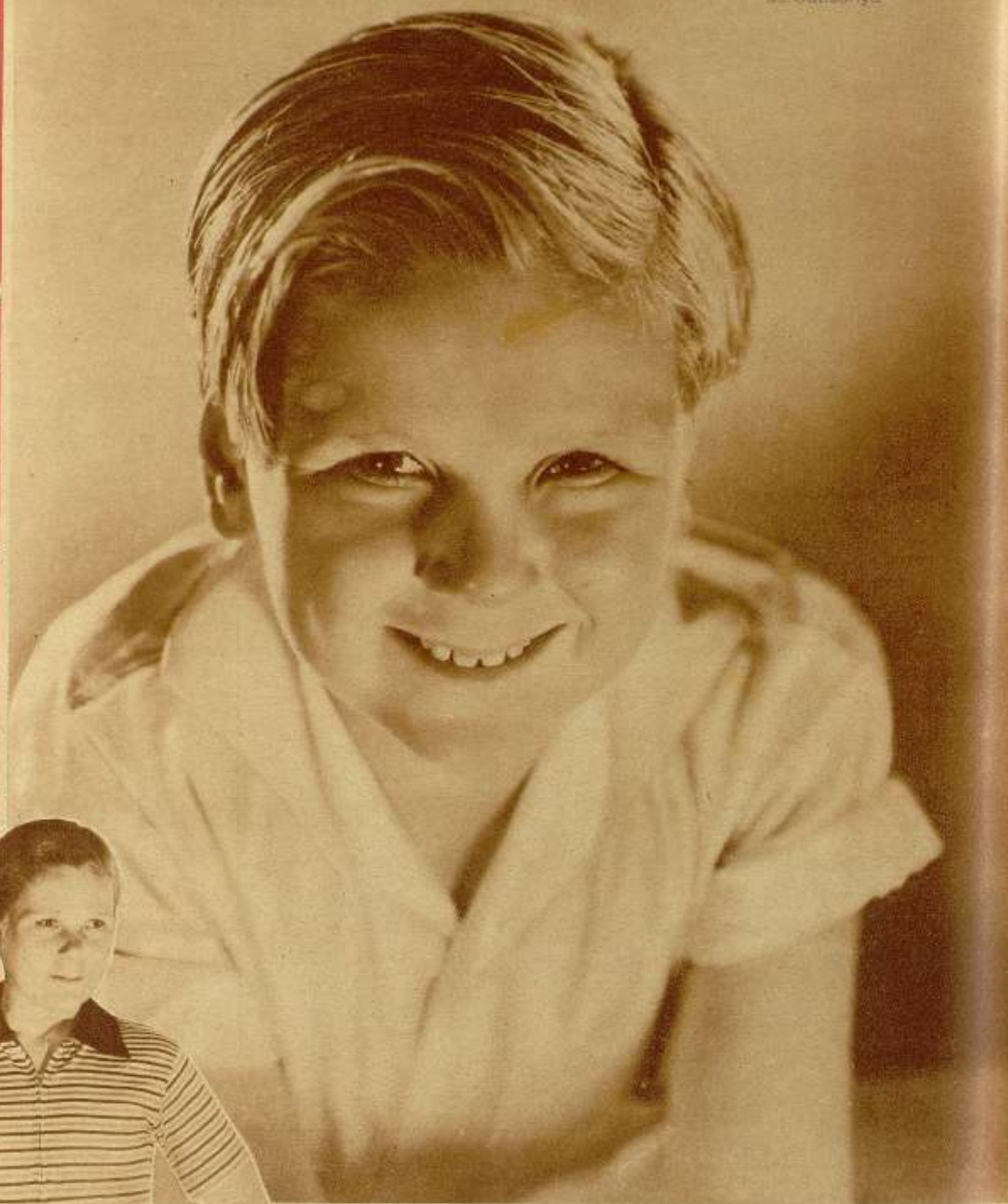
(Fotos M.-G.-M.)



FREDDIE BARTHOLOMEW

NACIÓ en Londres el 28 de marzo de 1924. Pasó los primeros años de su infancia en Londres, pero su delicada salud obligó a sus padres a enviarle al Condado de Wiltshire, en Warminster, al cuidado de su tía Millicent, quien quedó encargada de su educación. ♦ Su éxito en diferentes actuaciones particulares le hizo partícipe obligado e insustituible de las reuniones íntimas de Warminster y ante sus triunfos de gran actor diminuto alguien sugirió la posibilidad de que ingresase en una compañía profesional y Freddie actuó en tres o cuatro dramas y en alguna película inglesa con papeles secundarios. ♦ Cuando los rotativos ingleses anunciaron que la Metro estaba preparándose para la filmación de «David Copperfield», Bartholomew logró convencer a sus familiares de trasladarse a Hollywood. Siempre lleno de fe no dudó ni un instante que saldría vencedor y cuando entró, un poco pálido y emocionado, en el despacho del director de la producción, sus primeras palabras fueron: —Yo soy David Copperfield— mientras sus negros ojos brillaban intensamente. Triunfó en la prueba cinematográfica y todos conocemos el éxito logrado por su interpretación.

(Fotos M.-G.-M.)



JACKIE COOPER

NACIÓ en Los Angeles. Es sobrino del director Norman Taurog bajo cuyo guiaje artístico se ha formado. ♦ Inició su actuación en la pantalla en una comedia de Lloyd Hamilton y sus intervenciones en «La Pandilla» le hicieron destacarse de tal manera que no tardó en participar en el film de largo metraje «Sunnyside». A éste le siguieron «Sus primeros siete años», «Donovan's kid», «Skippy», que logró su consagración por la prensa y público del mundo entero. Con Wallace Beery, nos ofrece, después, «El Campeón», «La isla del tesoro», «El Arrabal» y «Sangre de circo». Sus últimas producciones son «Su primera escapada», «El gran hambrecito» y en la actualidad está filmando, con Freddie Bartholomew y Mickey Rooney, «El demonio es un pobre diablo». Tiene el cabello rubio y tan indomable, que sólo a fuerza de cosméticos puede salir airoso de su peinado. Unos ojos alegres y de color perlasco, brillantísimos, dan a su rostro esa llama de inteligencia que le hace tan simpático. ♦ Actualmente Jackie cifra toda su felicidad en dos grandes cariños: primero el de su madre, y en segundo lugar, su gran amigo Wallace Beery, que le tiene prometido que en cuanto llegue a la edad mínima para obtener el permiso de conducción aérea, le enseñará los secretos del «mango de escoba» y poder así convertirse en un gran aviador.

(Fotos M. G. M.)



dedos ágiles trazan líneas y animan unos dibujos:

—En una isla solitaria y perdida en los mares inmensos, reina Bluto por el terror. Cual nuevo Simbad en sus dominios, abundan los monstruos, dragones de ojos de fuego, un pájaro Roc gigantesco y un enorme gigante con dos cabezas y una fuerza



sólo comparable a la de Bluto. Y es en este lugar maldito, donde llegan providencialmente Popeye, Rosario y el fiel Pílon, con su habitual apetito.

Ante nuestros ojos asombrados desfilan las tremendas luchas que sostiene el invencible marino, primero con el gigante que se relame de gusto sólo al pensar en el banquete; después, de un puñetazo despluma al pájaro Roc, y por última, al ver rapada a su Rosario, se atreve a enfrentarse con el mismísimo Bluto.

Con la gorra ladeada, la boca extendida de oreja a oreja, sosteniendo en sus labios su pipa que humea y silba como una locomotora, ¿será vencido Popeye por la brutalidad de su adversario? Pero no, una lata de espinacas a tiempo y el marino se transforma en algo arrollador e invencible. Su puño, con la fuerza de una catapulta, oscurece sobre el infeliz Bluto, que asciende por los aires y se pierde a lo lejos como una partícula en el lejano horizonte.

ROADWAY, 1600, lugar de maravillas, y en compañía de Max Fleischer recorremos un universo prohibido a las personas humanas: un mundo maravilloso que parece aguarda el desembarco de una familia liliputiense, o la llegada de algunos personajes de los cuentos de Andersen. Pero no: este país excepcional está reservado para las creaciones y personajes de los dibujos animados. Es el almacén de decoraciones en miniatura, gracias a los cuales Max Fleischer y su hermano logran dar una ilusión de relieve a sus films de maravilla.

Un orfelinato donde Santa Claus entregaría sus juguetes en las fiestas de los niños, se apoyaba contra una selva virgen llena de animales terro-ríficos, donde la vida estaba pendiente de un hilo y los diminutos «tjils» devoraban en los espesos árboles succulentas bananas. Todas las combinaciones parecían posibles.

La linda castita habitada por Betty Boop se encontraba al lado de unas cavernas prehistóricas. No lejos de ellos se veía la isla desierta, refugio de Popeye y sus compañeros. Y todo este heterogéneo conjunto se levantaba delante una ventana en un edificio de una de las calles más céntricas y populares de Nueva York.

Desde aquella altura, los rascacielos de la ciudad pierden su aspecto imponente y parece que, sugestionados por el espectáculo que acabamos de presenciar no nos será muy difícil alcanzarlos con la punta de nuestro dedo.

PERO al volvernos para felicitar a Max Fleischer, comprobamos que el famoso dibujante ha desaparecido. Otro de sus trucos, pensamos, pero esta vez fallan nuestros cálculos y de nuevo le vemos que se acerca con su sonrisa maliciosa como



si llevase la graciosa intención de sumergirnos en su tintero mágico, de donde ha brotado su pequeño y fantástico mundo, exceptuando Popeye, que creó Segar. Sin pronunciar palabra nos entrega una cartulina donde se veían sus personajes.

Al pie de la misma y en una preciosa caligrafía podía leerse este mensaje, dirigido al mundo entero: «Esperamos que esta corta visita ha sido de vuestro agrado. Confiamos que desde la pantalla nos será permitido el placer de volver a verlos. Betty Boop, Koko y Bimbo y Popeye.»

El lector tiene la respuesta.

ROBERT WILLIAM M. FARLAND

ALIAS SPANKY

«Spanky» Mac Farland.



En cambio, cantando es un as... y tocando no digamos; sobre todo si no le faltan comodidades. (Fotos M. G. M.)

El azar tiene giros curiosos, indudablemente giros que sorprenden a cualquiera que se tomara el trabajo de averiguar cómo conquistaron la fama y la fortuna muchos artistas del cine por obra y gracia exclusiva del azar.

Tomemos a Karen Morley, por ejemplo. Si no hubiera andado vagando por los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer en el momento preciso en que se necesitaba una voz de mujer para cierto ensayo de Bob Montgomery, estaría aún rondando las agencias de empleo, acosando a los agentes para que le consiguieran trabajo. Y si la bonita Dorothy Wilson no hubiese ido a las oficinas de Selznick a entregar un manuscrito que había copiado a máquina, la pantalla se habría visto privada de una de sus nuevas artistas que ha resultado una sensación.

De igual manera, si la tía del diminuto «Spanky» Mac Farland no hubiera tomado el asunto entre manos, el chiquillo estaría probablemente estropeando juguetes en el patio de su casa de Tejas.

El caso es que Mrs. Fry, la tía de «Spanky», tomó de hecho el asunto entre manos. Comprendió que el chico tenía dotes extraordinarias, y resolvió aprovecharlas. Llevó al pequeño a la agencia de anuncios de una panadería local y lo inscribió en la lista de aspirantes. Los jefes le echaron una mirada, y fué suficiente.



«Spanky» con Jackie Cooper, su primer amor.



«Spanky» demuestra su poca preparación para el deber de la pesca, pues ya empieza a impacientarse.

Mas, volvamos a la historia. Después que «Spanky» apareció en los anuncios del pan en Tejas, su tía escribió a los estudios de Hal Roach enviando unas fotografías del muchachito y diciendo que si estaban interesados, enviaría algunas de las películas de anuncio para su inspección. El director Mac Gowan contestó que las enviara, y llegaron las cintas a su debido tiempo. Bastó una mirada a la película para que mandaran traer al niño.

Mister Mac Farland tenía un negocio bastante bueno de automóviles, pero la tía era su mejor amigo y consejero. Consiguio ella convencerle de que vendiera su negocio y emprendieran todas viaje a Hollywood. Hicieronlo así, y no han tenido motivo de arrepentirse. «Spanky» salió brillantemente de su primera prueba en la pantalla. Como dice su director Mac Gowan:

—El chico es actor innato. Es el primer

«Spanky» con algunos de sus compañeros de «La Pandilla» cuando hizo su debut en el cine, hace ya la trilogía de dos años.



FilmoTeca

ganlo que he encontrado desde que descubrí a Jackie Cooper.

Es una sensación en las comedias de «La Pandilla». Y es también un chiquillo encantador. Tiene grandes ojos puros, risueños; y es la misma imagen de la salud. Su papá lo llevó al campo de polo y todo el mundo se empeñaba en tratarlo como «el hombre del día»; pero «Spanky» se resistió. Allí estaba Mary Pickford y allí estaba Dough. «Spanky» se portó a la altura de la situación. Dejó que Mary lo besara, pero sin entusiasmarse precisamente. No le gusta que le acaricien ni que metan bulla en su honor. Se encanta con los caballos y se vuelve loco con los trenes eléctricos. Es su anhelo supremo por el momento.

Cuando necesitan hacer algo fuera de lo ordinario en el estudio, se lo explican minuciosamente. De hombre a hombre. Y cuando quieren fotografías ordinarias, le dicen cuántas quieren tomarle y todos los demás detalles. Si promete dejarse tomar cuatro fotografías, cuatro han de ser. Se entusiasma con las armas de fuego, pero no le gustan mucho cuando las disparan por encima de su cabeza. De manera que Bob Mac Gowan le previene siempre cuántas veces van a hacer «pum» siempre que es necesario disparar cerca de «Spanky». Le dicen seriamente: «Tres «pums» se necesitan». Bueno; que suenen tres «pums». Y aunque no le gusta, «Spanky» lo soporta como todo un hombre, con tal que no suene ningún otro, porque se trata de que salga bien la película.

En cuanto a «Tío Bob» (el director), «Spanky» lo adora. Es para él una combinación de su papá, su mamá, el sol, la luna, las estrellas... y los «spaghettis». Y digo «spaghettis» porque son la afición suprema de «Spanky». Los comería tres veces al día si lo dejaran.

El muchachito tiene una imaginación muy vivida y se encanta con los cuentos de hadas y las aventuras de Tarzán entre los monos. Su actor y amigo favorito es Johnny Weissmuller, que representó el papel de Tarzán en la pantalla. Hacen una pareja curiosa. Johnny tiene grandes amistades con el chico, y a menudo lo lleva a la piscina de los estudios para enseñarle a nadar. Es también muy independiente. Cierta día, en que estaba muy fatigado de ensayar una escena difícil, el director Mac Gowan trató de estimularle, diciéndole: —Trabaja duro, «Spanky», para que algún día seas otro Jackie Cooper.

«Spanky» le replicó inmediatamente: —Yo no quiero ser Jackie Cooper. Quiero ser Robert William Mac Farland.

Siempre dice su nombre entero y verdadero a la gente que le presentan.

Está muy orgulloso de su hermanito Tommy, que tiene dos años menos que él. Tommy imita a «Spanky» en todo, y éste dice que lo va a hacer actor de la pantalla. Lo cual está aún por ver, naturalmente. Carmen de PINILLOS



Shirley Temple en PEQUEÑA VIGIA

ARGUMENTO

EN los acantilados de la costa de Maine, a la altura del cabo de las Tormentas, existe el faro, conocido por toda la gente de mar, del que cuida el viejo capitán January.

En la mañana de nuestra narración, cuando el reloj da las cinco, el viejo capitán pone en marcha un antiquado gramófono y sonríe ante la sorpresa que se prepara: es el aniversario de su encuentro con Estrella. Un extraño encuentro, cuatro años antes, cuando un buque naufragó en la costa, sin que se pudiera salvar más que una pequeña chiquilla.

Desde entonces, el capitán January ha sido con respecto a Estrella padre y amigo, maestro y compañero de juegos, cuidadosos a los que la pequeña corresponde con su cariño y su alegría. Estrella despierta y le saluda alegremente. Es una adorable y rubia chiquilla, que se expresa con un gracioso lenguaje marino. Sabe que es el día del aniversario de su estancia en el faro y sabe también que el bueno del capitán tendrá una sorpresa para ella.

—Pero yo tengo más de cuatro años, ¿no es verdad, capitán? —le pregunta—. Yo era mayor cuando nos embarcamos juntos.

—Sí —contesta él vagamente—. Quizás tienes seis. Quién sabe.

Y la pequeña insiste entonces en que le sea contada la historia de su salvamento, historia que el viejo marino ha repetido infinitas veces y que cada vez va aumentando en peligros y emoción cuando se cuenta. Y January la repite una vez más.

De nuevo hace aparecer ante la imaginación de la pequeña las imágenes del buque, sacudido por las gigantescas olas, el choque contra las rocas del acantilado y los esfuerzos desesperados de los pasajeros y tripulantes, luchando éstos contra los elementos desencadenados. Y, claro está, no olvida su papel de héroe a bordo de una barca, cuyos remos fueron arrebatados por la tempestad, hasta llegar a la playa con su precioso cargamento.

Como siempre, Estrella escucha con atención la historia que ya sabe de memoria y que ella misma va embelleciendo con nuevos pasajes que subliman la acción de su salvador y establece nuevos vínculos al cariño que les une.

No puede faltar el aniversario el capitán Nazro, actualmente inspector de faros de la costa de Maine y antiguo compañero de January en sus correrías por los mares. De

CON

Guy Kibbee

y

Slim Summerville

su antigua camaradería conservan los dos una aversión mutua, que en el fondo no es otra cosa que una sincera amistad. La antigua rivalidad se esfuerza ahora en conseguir el lugar preferente en el afecto de la pequeña Estrella.

Antes de partir de compras al cercano pueblo, Estrella recibe el regalo de January. Es una muñeca tallada en madera a imagen de Lucía de Lammemoor, a la que inmediatamente la chiquilla identifica como la que supone ser su madre, ya que conserva su fotografía, de entre las pocas cosas que January lograra salvar del naufragio.

En el pueblo, Estrella encuentra a sus amigos, los marineros, que comparten sus juegos, especialmente Paul, con quien improvisa un fantástico baile y una canción marinera, en obsequio a los entusiastas amigos. Cuando mayor es la animación en el grupo lo dispersa la súbita aparición de Mary Marshall, la joven maestra del lugar, y su compañera Agata Morgan. Esta última, con la rigidez propia de su cargo, reprocha a los hombres sus familiaridades con la pequeña, interesándose inmediatamente por el origen de Estrella, cuyas familiaridades con los marineros opina deberían ser substituidas por una disciplina escolar.

La joven maestra, como todo el pueblo, tiene una gran simpatía por la hija adoptiva de January e intenta justificarla, pero la opinión de la señora Morgan acerca del viejo marino no puede ser más detestable y cree que la pequeña debería ser llevada a una institución benéfica donde recibiera la instrucción que ella juzga más conveniente.

Es esto el principio de una sorda e incansable batalla entre la señora Morgan y el capitán January.

Estrella tiene que presentarse a exámenes para demostrar que su educación no ha sido descuidada, y después de muchos y divertidos incidentes logra salvar este peligro, a pesar de la graciosa, pero más bien exótica, educación que ha recibido de su protector. En cambio, el sobrino de la señora

Morgan queda suspendido en el mismo examen y este incidente no hace más que provocar la antipatía de la agria señora hacia Mary, la maestra, verdadera protectora de la pequeña Estrella y su bondadoso guardián.

La situación se agrava cuando el capitán January es despedido de su cargo, ya que el Gobierno procede a la instalación de modernos faros automáticos.

Hasta entonces el viejo capitán había solventado sus apuros monetarios gracias a la protección de la viuda Croft, protección que el viejo lobo de mar consideraba peligrosísima, dada la tendencia que la viuda sentía por un nuevo matrimonio. Ante la nueva situación, la señora Morgan se interpone para que el Estado se haga cargo de la pequeña, ya que el capitán, además de no tener ningún derecho legal sobre ella, se ve imposibilitado de cuidarla y atenderla. Cuando el capitán se entera de que las autoridades han llegado al pueblo para hacerse cargo de su protegida, escapa junto con Estrella en su pequeño bote, pero, perseguidos por una lancha del Estado, son detenidos y la pequeña es devuelta a la población.

Pero, entretanto, Nazro, que había temido que pasar por el mal rato de confesar a su viejo amigo que estaba despedido, ha obrado por su cuenta. Entre los documentos que January había recogido en el naufragio ha llegado a descubrir algunos hechos que le habían impulsado a dirigirse a un tal John Mason, revelándole el naufragio y los hechos que le siguieron, por si la pequeña pudiera tener alguna relación con sus familiares. January critica a su compañero su intervención, que supone encaminada a separarlo de su protegida, pero pronto se descubre que ésta era la única solución para salvar a Estrella de ir a dar en un orfanato. Providencialmente, cuando la señora Morgan está a punto de llevarse a la pequeña, comparecen Mason y su es-



Pero a la primera sorpresa siguen otras no menos considerables. Nazro es el primero de a bordo y Paul, jefe de máquinas. Uno a uno, Estrella se va reuniendo con todos sus amigos, a quienes sus tíos han reunido, comprendiendo cuanto contaban en la felicidad de la pequeña. Y así, junto con January, la pequeña vigia vuelve al mar, del que un día su viejo compañero la arrebatara.

(Fotos 20th Century-Fox.)



INTERPRETES: Florence Ziegfeld Jr. WILLIAM POWELL
Phyllis Burke MYRNA LOY

Anna Held. LOUISE RAINER
Billings. FRANK MORGAN

Fanny Brice. FANNY BRICE
Andrey Dane. VIRGINIA BRUCE

DIRECTOR:
ROBERT Z. LEONARD

ARGUMENTO ILUSTRADO
FILM METRO-GOLWYN-MAYER

F. ZIEGFELD, JR.

SANDOW

En la última década del pasado siglo, hizo su aparición en América, ante un barracón de feria, Florence Ziegfeld, el hombre que al correr de los años debía transformarse en el tablado de la antigua farra en magnífico altar a la belleza. Su entusiasmo arrastrador queda transmitido al público que ante su barracón se aglomera.

—Pasen, pasen, señoras y caballeros... Apresúrense a sacar sus entradas y podrán admirar a Sandow, el hombre más fuerte del mundo. Con un solo dedo levanta un piano, lleva su peso diez veces superior al de su cuerpo con un solo brazo... y es capaz de elevar su cuerpo...—

Pero a pesar de su prodigiosa elocuencia de charlatan, la entrada de su espectáculo no registraba en la taquilla el resultado monetario que Ziegfeld esperaba. Sandow, el corpulento hombre que Ziegfeld procuraba encumbrar, tenía en realidad una fuerza excepcional, pero su actuación sólo conseguía crear bostezos de aburrimiento y los pocos espectadores salían del barracón decepcionados y criticando su mala estrella.

Por el contrario, frente a su tienda, su competidor Jack Billings ofrecía una buena muestra de su espectáculo, dejando bailar sus bayaderas orientales al son de una melodiosa de extraños instrumentos. El arte no sólo era muy aéreo con la interpretación dada por las bailarinas de Billings a las sagradas danzas del viento, pero con sus bailarinas sólo se trataba de atraer la atención de los caballeros.

Por el contrario, frente a su tienda, su competidor Jack Billings ofrecía una buena muestra de su espectáculo, dejando bailar sus bayaderas orientales al son de una melodiosa de extraños instrumentos. El arte no sólo era muy aéreo con la interpretación dada por las bailarinas de Billings a las sagradas danzas del viento, pero con sus bailarinas sólo se trataba de atraer la atención de los caballeros.

El resultado era casi siempre el mismo. Tres compases de la danza egipcia y dos evoluciones de las bayaderas eran suficientes para atraer a los mirantes al interior de la barraca de Billings.

Ambos hombres luchaban por su aspiración de lograr la fama como empresarios de espectáculos, y de ello nacían constantemente amistosas discusiones y rivalidades que redundaban casi siempre en perjuicio de Billings.

En aquella ocasión la suerte parecía favorecer a Billings, pero pronto quiso Florence rectificar sus errores, y siguiendo su iniciativa propuso al competidor una unión entre la belleza y la fuerza.

En su última manía de mandar telegramas, le remitió una redactada en los siguientes términos: «Tu Reina Egipcia es la mejor atracción femenina de la feria... Con Sandow, tengo yo la atracción masculina más grande del mundo... ¿Por qué no fingir que se aman?». Los periódicos darían la noticia que el público devoraría. Entonces los hermanos aparecieron juntos y las ganancias... las partieron tú y yo.

Aquella misma noche Billings presentó su bella danzarina a Ziegfeld y su simpatía logró captarse la voluntad de la artista, ante la inútil desesperación de su competidor.

A pesar de no haber logrado su plan de unir Hércules con Venus, Ziegfeld consiguió igualmente el éxito, al descubrir que también existía un especial atractivo para las mujeres, en admirar la magnífica musculatura de Sandow y las vibraciones de sus bíceps. El coloso se convirtió en ejemplo de prototipo varonil que contaba las admiradoras por millares.

Casi inmediatamente una multitud de público pugnaba a todas horas por obtener un buen sitio en la platea del espectáculo en su nueva orientación nocturna, y el más espléndido éxito premió con creces a Ziegfeld los gastos de su publicidad estentórea, en alabanza del «Hombre más fuerte y hermoso del mundo».

El dinero volaba hacia los antes vacíos bolsillos de Florence y con él logró también atraer a la bella Reina Egipcia, mientras que el pobre Billings, maldecía una y mil veces su mala estrella.

Así fue como por primera vez gustó Ziegfeld las mieles del éxito. Una buena experiencia que seguramente no olvidaría en sus días y que fue, sin duda, guía de otros muchos triunfos debidos siempre a su espíritu de gran luchador.



Florence Ziegfeld era un espíritu selecto por formación y educación. Su padre, viejo profesor de música y contrapunto, sentía una irreprimible aversión contra las actividades de su hijo.

—Te dedico a teatro y llevaré extravagancias de feria ambulante... No te puedes quedar aquí adormido por tus amigos, que a ningún fin quisiera poder llevarlo.

Florence Ziegfeld aguardaba sonriente al clubbista y sabía explicar a su bondadoso viejo sus planes para el futuro. El sabía crear grandes fantasmas de maravilla ante las viciadas lujas de las canchales. Lo que el anciano estaba tan distante de lo que todos habían presentado hasta entonces... Tal vez el público le tildaría de loco, de alucinado... Había tal pasión en sus palabras, tanto entusiasmo en sus esperanzas... tan portentosos y audaces eran sus proyectos, que el anciano compositor se dejó llevar por el torrente de ideas que aquel hijo le pintaba ya como hechos reales y éxitos consagrados. Y una vez pactada esa nueva tregua entre padre e hijo, Florence Ziegfeld vivió a su lucha.

Hay vidas que se cruzan y coinciden diversas veces en su accidentado curso... Así sucedió con Ziegfeld y Billings. No tardaron mucho tiempo en volver a encontrarse. Los dos habían conseguido un propósito inicial. Con sus respectivos espectáculos, en valiente lucha, habían logrado reunir unos millares de dólares y los dos también pusieron su gran parte en un viaje a Europa. Pero los motivos eran bien distintos. Reflejaban exactamente dos caracteres... dos vidas. Billings, consiguió en exclusiva mediante contrato ventajoso y seguro, una estrella europea; Ziegfeld confió su gran secreto al amigo iba a Francia, a Cannes... y a una vez allí... ¿saldría la banca de Montecarlo?

Después de su total bancarrota, Ziegfeld volvió a enfrentarse con Billings. Es en el vestíbulo de uno de los más elegantes hoteles de París. Florence le confiesa a Billings que se halla sin un céntimo.

—Tienes que ayudarme... ¿Puedes darme cincuenta mil francos? ¿No? Bueno, con cinco mil tendré suficiente. O con quinientos saldré del paso.

La noticia de Ziegfeld y su decisión le dieron ventaja sobre su adversario. Su juego no era obtener un préstamo para comprar el pan de la vida en América. Su intención era obtener la confianza del descubrimiento que andaba buscando Billings. Pronto sus pesquisas dieron el resultado apetecido.

Una ideal mujerita francesa era la nueva creación que en el Palace Music-Hall lograba triunfar plenamente.

Divulgar podía reportarle grandes perjuicios. Con la misma indiferencia con que pasó el último centenario de Luis a un plico en Monte-Carlo, dejó sus quinientos francos en manos de la florista para remitir las más bellas orquídeas que se pudiesen encontrar. Una tarjeta con anticipada en parte su visita. «Admirada senhora Held. El de mucha importancia para su porvenir que me va usted antes de firmar ningún contrato. La aguardaré a la entrada del escenario. Florence Ziegfeld, hijo».

Adorador constante de la belleza, sabía que el mejor embajador ante una mujer sería siempre las flores.

Poco importa que su bolsillo haya quedado de nuevo vacío. Ziegfeld continúa siempre en su ingenuo optimismo.

—Todas las orquídeas del mundo... como ha dicho Anna Held al recibir sus flores, son la gaceta poderosa que abrirá de par en par las puertas del camerino de la primera actriz. Anna Held vuelve a su camerino, bajo la curiosa enloquecedora del triunfo.

Fuera, en pie, dos eternos competidores pasean nerviosamente. Ziegfeld y Billings esperan audiencia, para intentar burlarse mutuamente. La doncella de Anna Held resuelve la incógnita.

—Mr. Florence Ziegfeld? La señorita Held le ruega que pase.



Aquella entrevista y la conversación sostenida entre Anna Held y Florence Ziegfeld iban a marcar en la vida de ambos una trayectoria para el porvenir. Su diálogo fue un le y venir de fantasmas, de dioses y diéres, entre la mimosa y el audaz, Parisien, pero victor. Florencia le pintó un su lenguaje entusiasta, la necesidad de que fueran él, y nadie más que él, quien cuidase en su barracón en Nueva York.

Seguendo sus impulsos, instigó y logró saber qué cosas había contenido para actuar en América, y después de ello, sin temerle, así sin darle otra importancia le afirmó que él no podía darle aquella suma, por la sencilla razón de que estaba completamente arruinado.

Nadie, sin embargo, podría ultrar las tantas ilusiones de un triunfo cercano y magnífico. Por dos veces, Anna quiso explicar su presentosa cariz de obtener su firma, pero cuando ya Ziegfeld se disponía a marcharse, dio su conformidad a las proposiciones de Ziegfeld, sin guardar ni respuesta para el predestinado Billings.

En esa transformación Ziegfeld a su elegancia, sólo podía obtenerse respuesta en las páginas del diario íntimo de Anna. Delicadas convicciones en flores maravillosas, brillantes, estrellas de la tierra, fueron los memorables constantes de Florencia, como contra su propia voluntad le habrían la delicada mujercita. Fuesen necesarias reconversiones, como las ensayadas, para la modelando aquella encantadora mujer hasta llevarla a la cima de la popularidad, centro de todas las miradas, de la formidable Via Blanca.

Artista por temperamento, Anna era mariposa vencedora por las estrellas de la atracción y la fama de Ziegfeld, pero de tanto en tanto quería romper sus ligaduras con el hur, escapar, volver de nuevo a su París.

Hasta imposible le parecía a ella que para que los periodistas hubiesen de algo tuviera que decirles que se había cada día en lecho, y se viera envuelta en un escandaloso proceso, por no pagar una factura fantástica, de una fecha que nunca pensó en usar.

La dicha para Anna Held era sólo aquel hombre... El audaz conquistó el corazón de la mimosa, y su felicidad fue dicha delirante... Se casaron.

Ziegfeld debió ser un eterno enamorado de la belleza del pecado... Tal vez por ello supo, como nadie, unir a las suavidades y brillos de las cosas y las plumas, los brillos y las suavidades humanas, de esos casales de oro, o unos ojos de inmensa azul.

Anna Held, en su felicidad sin tasa, saltaba gozosa y sin tino. Su alegría llegaba a todos... Nadie podía zafarse de sus explicaciones, y cuando su Flor le ofrecía los tributos de su rendida admiración, como glosa triunfal de éxito logrado, recordaba una una las dependencias del teatro, su colgaba del cuello de su ama de llaves, a recumpia en los camerinos generales, para mostrar aquellas constelaciones de estrellas que su Flor arrugaba del cielo para ella... Sus compañeros, unos miraban... otras admiraban... pero Aubrey Dane, desde la más honda de su alma, sentía ya la coacción de la envidia.

—Así, un poco acendrada junto a ti, mi Flor, eso que todo en el mundo es bueno y hermoso... Recuerda bien, embobada, aquella tarjeta tuya en el camerino de nuestra amistad. Decías: «Mi vida... jamás imaginé que un día transcurriera con la rapidez de un instante... ¡Eres magnífica, esposa mía!... ¿Es verdad que soy magnífica?— preguntaba Anna, dejando pendiente entre los interrogantes todo el deseo de vivir, toda el ansia de amor, que abrasaba su alma apasionada.

Por la escalinata de la potente, Ziegfeld continuaba accediendo. Junto a él, Anna sigue también su vida, como un satélite del gran luminar. Poco importan sus pequeños sobresaltos, ante la elección de un nuevo coro, o la sencilla malicia o la mirada tortiva.

Tal vez, como todo mortal, va dejando huellas firmes en las más íntimas simas, pero Ziegfeld, como todos los grandes triunfadores, sabe sacar partido hasta de su propia derrota. Si un fracaso llega, sus labios sólo dicen una sonrisa, y del fondo de sus ojos llega el anhelo de una nueva lucha, de un nuevo peligro, donde punar a prueba la fuerza de un temperamento de gran vencedor.

España tiene también su «Pantillas». Vedio trabajando en esta foto en el film «Héroes del barrio».
(Foto Internacional Films)



LOS PEQUEÑOS ACTORES DE LA PRODUCCIÓN NACIONAL

EN «Aurora de esperanza» (Producción número 1, del Sindicato Unico de Espectáculos Públicos), además de Félix de Pomés, Enriqueta Soler, Pilar Torres, José Sánchez y el diminuto «Chispita», toma parte Ana María Campoy, como protagonista infantil. El nombre de esta niña prodigio, dicho de manera escueta, no dice nada de particular en su favor. Pero si analizamos su historia como artista teatral, veremos que merece elogios, por el éxito alcanzado con sus interpretaciones.

Con «Aurora de esperanza», Ana María Campoy hace su debut en la pantalla. El papel que se le ha confiado en este film, producido por el Sindicato Unico de Espectáculos Públicos, refleja en cierto modo algo de su propia vida, y responde plenamente a cuantas ilusiones se han forjado, respecto a su personalidad de artista precoz. Ana María Campoy, cuya actuación en la película «Aurora de esperanza» ha de constituir una revelación, es hija de la conocida actriz de comedia Anita Tornos, y ni que decir tiene que en el cinema será digna sucesora de su madre.

Tiene doce años, y a su figura de gentil prestancia une un talento nada común en artistas de su edad.

Esta originalísima foto nos muestra a Carol Lombard y Fred Mac Murray durante la filmación de «Candidato a millonario», una de las películas más interesantes de la temporada que se estrenará en breve.
(Foto Paramount)



El mejor obsequio para niños: ¡UN BUEN LIBRO!

...Y el mejor surtido de libros infantiles en
Vergara, 3.-BARCELONA
CASA ESPECIALIZADA EN LIBROS PARA NIÑOS

Las ediciones completas, y dibujos de MICKEY, TRES CERDITOS, POPEYE, PINOCHO; cuentos del Norte, de Andersen, de Grimm, Peter Pan, etc.; historietas, viajes, inventos, aventuras y toda clase de libros y juguetes instructivos a base de dibujo, recorte, etcétera.



LA
AL

acción
de Es-
le Fe-
Pilar
«Chris-
ti», co-
de es-
cueta,
favor.
artis-
s, por
iones.
Marin-
la. El
film,
de Es-
modo
plen-
ejada,
a pre-
ón en
ia de
la es-
no, y
será
gen-
común

RO!

ventos
y to-



DICKIE MOORE

DEBUTÓ en el cine como «do-
ble» de John Barrymore, en
«El vagabundo poeta» cuan-
do el personaje interpretado por
el gran actor apenas si ha cumpli-
do la edad de un año.

Nació Dickie en California, el 12
de septiembre de 1925. Es hijo de
un irlandés y de una francesa.

Entre las interpretaciones que le
han consagrado como un actor
prez, dándole categoría de es-
trela, figuran: «El hijo de la parro-
quia», «Semilla», «El testigo», «La
venus rubias», «Papá bohemio»,
«Toda una mujer» y últimamente
«Peter Ibbetson». (Fotos Pathemunt.)



FilmoTeca
de Catalunya

NACIÓ en Hollywood y puede decirse que
creció en un ambiente internacional. Su
madre fué una celebrada artista de ópe-
ra alemana, y su padre nació en Hamburgo y
es arquitecto. La familia ha residido en las prin-
cipales capitales de Europa, y tanto los esposos
como la niña hablan francés, inglés y alemán
corrientemente.

Esta fué la causa de su ingreso en el cine.
Formó parte del reparto de la película de Con-
stance Bennett «After Tonight», porque el argu-
mento exigía la presencia de una niña que su-
plera hablar inglés, francés y alemán, lo cual
fué fácil para Virginia. Siete meses más tarde
Francis Lederer buscaba una actriz infantil
que hablara alemán para una de sus obras
teatrales y seleccionó a Virginia. A partir de
aquel momento apareció con frecuencia en la
pantalla llegando a la celebridad con su admi-
rable creación en «El más grande amor». Des-
pués trabajó en «Peter Ibbetson», «Huérfanos
del destino», etc.

VIRGINIA WIEDLER



